

UN importante dirigente sindical de la Francia de los años sesenta, Henri Krasucki, criticaba los proyectos de participación sindical de De Gaulle diciendo: "La tetina vacía que se le da a un niño para calmarle un momento, ¿es una tercera vía entre el hambre y el biberón?"

Este es el gran peligro de la autonomía vertical, de la autonomía elaborada en Madrid y controlada por los dos partidos centralistas PSOE y UCD. El más grave riesgo es que vemos los nacionalistas andaluces es que esta autonomía no resulte un elemento de contestación dialéctica frente al poder central, sino de colaboración con él para que permanezca lo establecido. Esta autonomía es, por tanto, una "tercera vía" ineficaz.

Así ocurrió en Italia, donde la "regionalización" fue organizada en Roma por los partidos centralistas y no ha mitigado los problemas de subdesarrollo y marginación. Ha costado varias décadas que empiecen a surgir movimientos autonomistas. Ya últimamente han tenido un buen éxito electoral en las regiones de Friuli-Venezia Giulia y Valle de Aosta.

A Cataluña y al País Vasco, la preautonomía ha llegado de la mano de sus respectivos partidos nacionalistas. Aunque también allí hayan triunfado PSOE y UCD, estos partidos no son el eje de la reivindicación autonomista. Sin embargo, en Andalucía la autonomía viene "colgada" de Madrid. Resulta difícil pensar que en estas condiciones la autonomía vertical va a arrancar de Madrid algo que Madrid no quiera dar.

Este es el gran problema y hay serios indicios de que este riesgo no es remoto.

Los partidos políticos que en las elecciones del 15 de junio resultaron favorecidos por el voto popular —merced a los ingentes recursos económicos y técnicos con que contaron y al amparo de los más poderosos medios de información— no admiten que en los trabajos preautonómicos colaboren otras fuerzas políticas, entre ellas el Partido Socialista de Andalucía, el único partido de obediencia andaluza y, por lo tanto, el único realmente libre para defender los intereses del pueblo andaluz sin mediatización ni dependencia de Madrid.

En el proceso de establecimiento de la preautonomía andaluza se ha evidenciado un agrio, aunque en parte velado, pugilato de intereses entre UCD y PSOE; fueron intereses de partido y no los verdaderos problemas de Andalucía los que presidieron los debates y negociaciones de este proceso. El resultado de todo ello fue, no solamente el retraso en la implantación de los órganos preautonómicos, sino —lo que es más grave— la insuficiencia en el contenido de la propia preautonomía.

Que fueron esos intereses partidistas y no los del pueblo andaluz los que dominaron la constitución de los órganos preautonómicos, es algo evidente. Pero es que, además, la falta de atención de esos mismos partidos a la sensibilidad y a la identidad de Andalucía se ha puesto de manifiesto en la elección de los hombres que van a encarnar los órganos ejecutivos de la preautonomía; hay entre ellos demasiados que no creen en el andalucismo. Una política que, con toda seguridad, ninguno de esos partidos hubiera osado llevar a cabo en Cataluña o en el País Vasco. Y además, en el momento de la plasmación real de

las distintas autonomías, la discriminación presente en el proyecto de Constitución se consolida y refuerza por la política concreta de los partidos centralistas.

Defender hoy en España una Andalucía libre de igual a igual con las nacionalidades ricas e históricas, es revolucionario, y lo revolucionario sólo lo han defendido siempre las clases oprimidas. Por esto, nuestro nacionalismo no es ni puede ser interclasista. Los intereses de Andalucía son los intereses de sus clases populares; así, Blas Infante llamaba a los trabajadores andaluces "los más andaluces".

EL GRAN PELIGRO DE LA AUTONOMIA VERTICAL

Alejandro Rojas-Marcos de la Viesca

Aquí en Andalucía no puede haber más opción socialista que la de la transformación profunda de la realidad. Que el socialismo centralista juegue a la socialdemocracia no es aceptable, pero es comprensible por la hegemonía alemana sobre quienes tienen prisa en sentarse en los sillones del Gobierno. En Andalucía esta política sería una aberración.

A finales de los años cincuenta había un gran optimismo sobre las posibilidades de descolonización por parte de las propias potencias colonialistas, incluyendo su ayuda a la superación del subdesarrollo de esos países. Diez años más tarde todo el mundo se convence que esa descolonización apadrinada por colonialistas es falsa, es neocolonización económica. Igual podemos hablar de la autonomía no conquistada por el pueblo, sino concedida verticalmente por los propios centralistas.

De aquí nuestra posición radical en el nacionalismo andaluz. Y estamos orgullosos los del PSA de nuestro radicalismo andalucista. No es cierto que el radicalismo ponga en peligro las reformas posibles. Podría decirse, sin embargo, que el posibilismo a ultranza pone en peligro las transformaciones profundas. La Historia demuestra cómo lo posible nunca lo ha ofrecido el conservadurismo, sino que lo ha arrancado el radicalismo.

Al pueblo andaluz le han infligido dos graves atentados: de una parte, han procurado que no sea consciente de su alienación —no hay mayor alienación que ésta—, con lo cual se mantiene lo establecido; de otra parte, se le crea conciencia de culpa. Su culpa de ser perezoso, folklórico, servil, sin conciencia de pueblo... Decía Kirkegaard que "con la angustia, no de ser culpables, sino de pasar por

serlo, acabamos declarándonos culpables".

Los nacionalistas andaluces apoyamos la preautonomía, pero estamos en la oposición crítica a la Junta, porque la vemos representativa del "autonomismo vertical" y porque la vemos protagonizada por hombres que no creen en Andalucía como nacionalidad, sólo creen en ella como región y eso no es más que una división administrativa.

Para los nacionalistas andaluces, Andalucía es una cultura; es subdesarrollo, analfabetismo, paro y emigración; es conflicto con las nacionalidades ricas de España, es sentir en Rota la bota atómica americana y el colonialismo británico en Gibraltar, es temer que de criada de Cataluña y el País Vasco la pasen a "servir" en el Mercado Común, es constatar que cada año aumenta —por abajo— la distancia de su renta "per cápita" a la media de España, en igual medida que aumenta —por arriba— la de Cataluña; es ver pisoteados los intereses de nuestros agricultores, es llorar la muerte de andaluces trabajando en la Policía en acción en el País Vasco, es contar con el mayor número de prostitutas del Estado español, es tener las peores instalaciones sanitarias, es soportar las más difíciles comunicaciones y es, en fin, sufrir la más grave lacra del mundo moderno, el paro, que en tantos municipios de Andalucía se llama también hambre física.

Andalucía es, en una palabra, la **voluntad del pueblo andaluz** de salir de su postración. Esta es la razón de ser del nacionalismo andaluz, es decir, del **andalucismo**. Andalucistas no somos todos los andaluces, sino los que ejercen políticamente como andaluces. Ser andaluz no es una cuestión de carnet de identidad, sea por nacimiento o por vecindad. Ser andalucista es el compromiso político como andaluz y por Andalucía, que no acepta ninguna otra prioridad sobre él.

Los andalucistas nos hemos visto obligados a decir no al presidente de Andalucía cuando más necesitábamos de él, porque ha dudado de la existencia de Andalucía y se ha negado como andalucista; hemos tenido que denunciar la preautonomía cuando más útil debía haber sido, porque es una farsa que no es lo que dice ser, y nos tememos que habremos de criticar duramente la Constitución, si permanece la discriminación y la marginación del pueblo andaluz respecto de lo que el proyecto constitucional llama regiones con "estatutos legalmente aprobados por plebiscito", esto es decir en términos vulgares: Cataluña y Euskadi.

Andalucía tiene hoy un gran problema: el reconocimiento de su existencia. Y no como territorio, cuya existencia es evidente, y no como ente administrativo, lo cual ha sido un logro posfranquista, sino como nacionalidad, es decir, como pueblo que puede compararse en pie de igualdad con todos los países de España. En consecuencia, andalucistas somos los que creemos en la nacionalidad andaluza.

Para nosotros es doloroso que los partidos triunfadores del pasado 15 de junio reconozcan a Cataluña y a Euskadi la categoría de nacionalidad, y se la nieguen a Andalucía. Es duro que estos partidos consagren esta discriminación en el proyecto constitucional. Y es duro que esta discriminación sea bendecida por el presidente de Andalucía, designado por el PSOE, al afirmar que él no es andalucista. ■